

VILLALBA 1987

Reina de las fiestas.

Corte de Honor.

Excelentísimas señoras y señores.

Excelentísimas y excelentísimos villalbeses.

Os saluda el mantenedor. El mantenedor de los Juegos Florales que el Excelentísimo Ayuntamiento de esta villa ha organizado en este año de gracia de mil novecientos ochenta y siete.

Vuestra Majestad y Corte han sido informadas y al mismo tiempo todo el paisanaje de la Villa y su contorno, de que se celebraron acá las justas literarias y periodísticas de las que sois reina, y <sup>de</sup> que en ellas compitieron -cada uno<sup>2</sup> en los límites de su edad y posibilidades- escritores hechos y derechos y escritores niños que con el tiempo llegarán, si Dios y su vocación lo permiten, a realizar hazañas literarias que han de proporcionar gloria y renombre a esta tierra en que amanecieron a la fama y el aplauso, y -natural y merecidamente-, a ellos mismos.

Vienen estas justas literarias o juegos florales, de aquellos que en la antigüedad se celebraban en honor de Flora diosa de las flores y los jardines. Los griegos y los latinos eran muy festeros y tenían, como nosotros, un calendario de ferias y fiestas muy completo, con puentes y todo, porque en aquellos tiempos, el puente de unas bacanales -que eran fiestas en honor de Baco- podía durar ocho días y más, porque no había aeropuerto en Roma ni en Atenas, ni en Labacolla y los viajes duraban una barbaridad. Hoy, fíjense que



es bueno (y esto no tiene nada que ver con lo que aquí me ha traído) en Labacolla hay un aeropuerto después de haber sido durante siglos estación término de todas las líneas terrestres europeas que confluían en Santiago. Pero eso vino después, y con ello, estos puentes de ahora que se van en un suspiro.

Los griegos y los romanos anteriores a Jesucristo no tenían santos, tenían dioses. Lo mismo que en nuestro calendario son los santos y en algunas fechas la historia o las instituciones quienes marcan las jornadas de fiesta, en la antigüedad la ocasión la daban los dioses. Baco, Saturno, Ceres, Pan, Atenea, Diana, Apolo, Flora...

Flora era una chica canaria, una diosa joven, hermosa ninfa de las Islas Afortunadas. Sus palacios eran prados, bosques y jardines, su corte, las flores. Así pues, vosotras, gentiles damas de la Corte que rodeais a María Teresa, Reina de estas fiestas, Flora galaica, ninfa de Villalba la Afortunada, vosotras sois flor, la flor de la juventud villalbense; y no sé como me las voy a arreglar, pues de todas me siento enamorado y a todas quisiera llevar a mi jardín... Para cuidarlas, más que como jardinero como hierofante, coribante o bonzo; o como sencillo sacristán del culto a la belleza; como viejo conocedor de los intrínquilis del templo de vuestras codiciables gracias.

Florales eran los juegos dedicados a Flora, y eran unos juegos limpios, perfumados, apacibles y amenos. Otros dioses de aquellos calendarios daban ocasión a mayores alborotos y aún a desórdenes y desenfreno. Con decir que los <sup>juegos</sup> dedicados a Baco se llamaban bacanales, y <sup>(con)</sup> lo que hoy significa esta palabra, podemos hacernos una idea de las juergas morrocotudas que se corrían los antiguos, todos revueltos, bacan-



tes, flámenes, músicos y pueblo. / Los saturnales -por lo que yo tengo oído- lo mismo, pero con más relajo aún; los saturnales eran unas bacanales a lo bestia / y en ellas se producían toda suerte de excesos, más impúdicos y desbaratados. que esas orgías que tanto escandalizan -eso dicen- al alcalde de Marbella y al obispo de Málaga.

Había otros juegos menos borrascosos y alborotados, como los lupercales, dedicados a Pan, dios de la Naturaleza, de los rebaños y de la vida pastoril, los compitales dedicados a los dioses protectores de encrucijadas y parajes peligrosos, y eran de mucho regocijo los caneforias en honor de Diana, las juvenales dedicadas a la juventud, las panateneas a Minerva... / Entonces el pueblo se permitía el lujo de la fiesta continua, enlazando unos puentes con otros, por-

que el pueblo era el pueblo ateniense <sup>era,</sup> o el populo romano y los ciudadanos vivían sin dar golpe; para eso estaban los esclavos que trabajaban el campo, remaban en los barcos, cuidaban los ganados y hasta se ocupaban de educar a los niños, llevar la contabilidad a los ricos y bañar y dar la crema bronceadora en la espalda a las señoras. /

Hoy los juegos florales son torneo literario, y en estos de Villalba ya han sido proclamados los poetas y el periodista merecedores de los cinco premios en disputa. A todos ellos mi felicitación, y muy especialmente a los ganadores del más alto galardón que se concede en este acontecimiento; la Flor Natural.

Pero también quiero saludar con gozo y esperanza, a los jovencísimos ganadores de los premios "Antonio García Hermita" y "Carmita Prieto Roñco". Este año, <sup>aquí,</sup> han nacido, quizá, dos estrellas. El tiempo lo dirá; quieran Dios y San Ramón



Nonato que su vocación se afirme con estos laureles, y tengamos en ellos algún día, para gloria de las letras gallegas, de la literatura española, nuevas Rosalías, nuevos Cunqueiros, Fernandez Florez, Celas, Torrentes, que esta tierra ha sido y es generosa en poetas y novelistas, en creadores, ensayistas y cultivadores de todas las bellas artes.

Y es para mí un gran honor y, a mi modesto entender, el mayor premio que este año ha sido aquí otorgado, el de elegirme mantenedor de los juegos de Villalba, de esta Villa famosa, capital de la Terra Cha. Villalba era para mí una ciudad deseada sin saber muy bien por qué. Quizá porque la tuve cerca y no la conocía. Siempre que yendo o viniendo de Madrid a La Coruña, de La Coruña a Madrid, pasaba por Bahamonde, al llegar al cruce le decía a mi mujer: "Mira, por ahí se va a Villalba; un día tenemos que ir". Sí, lo deseaba, porque Villalba se ha hecho famosa en el resto de España: famosa por los capones y <sup>famosa</sup> por todo lo contrario: por Fraga. Y, también, por mi querido compañero, escritor y periodista infatigable, el ilustre villalbés Antonio Dominguez Olano. Pero sólo una vez pasamos por aquí; fue viniendo de Covadonga; bajamos por Mondoñedo, también digna de verse. pues me traía recuerdos de Alvaro Cunqueiro que decía aspirar a ser su obispo, y llegamos, por fin, a Villalba, pero se nos había hecho tarde y apenas tuvimos tiempo de disfrutar vuestra compañía y hospitalidad. Hoy, ya veo bien cumplido aquel deseo como debe ser; en contacto directo y cordial; y me siento feliz al proclamar con alborozo la gran calidad de las gentes villalbenses.

No hay mérito en mí que lo justifique. Ni nada del otro jueves en mi presencia. Villalba es lo importante, su gente. La gente lleva su tierra en la sangre; la tierra manda. Hoy,



gracias a los hombres de ciencia, sabemos mucho de cromosomas, del mensaje cromosómico. En él llevamos escrito el futuro de nuestro cuerpo, más o menos serrano. Creo que la tierra, la geografía hace al hombre, y que el mensaje cromosomático está escrito sobre la tierra en que nacemos y nacieron nuestros padres y nuestros abuelos: ellos y la tierra nos han hecho lo que somos.

Y está fue tierra de frontera. Frontera entre la naturaleza y el hombre; después, disputada frontera entre señoríos. Desde entonces, el villalbense es hombre alerta, oteador del horizonte, acostumbrado, como aquel que dice, a no dormir sin perro, a abrir los brazos al forastero que llega en son de paz, y a defender lo suyo contra viento y marea. Como tierra fronteriza que fue tantos años, Villalba genera en sus gentes firmeza y, al mismo tiempo, comprensión; espíritu alerta y sentido de la hospitalidad; confianza en el propio esfuerzo y fe en la ayuda de Dios. Y de la Corte Celestial.

Coinciden, y son su motivo, estos Juegos Florales, con las fiestas de San Ramón Nonato, patrono de la Villa. Cómo llegaron los villalbeses a encomendar al santo su patronazgo, no lo sé. Pero sí puedo decir cómo llegué yo, que tengo de San Ramón muy buen recuerdo: estuvo en mi casa, representado en pintura, casi ocho meses y su imagen era lo último que veía al acostarme y lo primero que veía al levantarme. Cuánto tiempo hace de esto, os lo puedo decir porque es, justamente, siete meses y quince días más de la edad que cuenta mi hijo.

Hallábase mi mujer encinta y era primeriza, por lo que



todos los cuidados nos parecían pocos. Y entrado ya el segundo mes de su estado de buena esperanza, llegó a casa mi suegra con el cuadro, y lo colgó en el dormitorio, frente a la cama.

-Qué bien -dijo mi mujer, que estaba un poco asustada con el acontecimiento-. Ya estoy tranquila; ya me han traído a san Ramón.

Y allí estuvo, y allí le rezábamos cada día, hasta que ella salió de su cuidado. Lo que no fue fácil.

Aquel cuadro lo tenía la familia, para ayuda y tutela de embarazadas, desde muchos años antes, y a todas las había conducido su preñez a buen fin con santa mano. "Que nazcan, que nazcan", parece decir su imagen de santo mercedario a lomos de mula blanca; "que nazcan", él que no nació de madre viva.

Con prudente realismo, y para no cargar con toda la responsabilidad al santo, teníamos encomendada la asistencia facultativa a un eminente tocólogo y a una veterana comadrona llamada Soledad. Sabido es, con qué calma se toman los profesionales estos asuntos, y con cuan ingenua y atolondrada impaciencia se comportan los padres primerizos. Así pues, con las primeras señales de próximo alumbramiento, corrí a dar aviso a la comadre. Me escuchó con la cabeza de medio lado y un apunte de sonrisa, como quien oye a un niño que le está contando lo de los Reyes Magos. Se mostró segura, sabia, divertida y sin prisas. Y dijo:

-Pues muy bien. Yo me voy al cine y, a la salida me daré una vuelta por allí.



Así que procuramos no ponernos nerviosos; pero nos fuimos a la maternidad a esperar allí, con más garantías, que los entendidos dijeran si aquello era un parto o un susto de novatos. Y a esperar que terminase la película. El eminente tocólogo, por su parte, me hizo un par de chistes a cuenta de la inquietud de los primerizos y me dijo que hasta mañana, buenas noches.

-Mañana a las ocho me llama usted y me dice cómo va la cosa.

Y la cosa empezó a ir mal, y Soledad, que ya había salido del cine y había cenado muy tranquila, se empezó a preocupar, y hasta llamó por teléfono al eminente tocólogo. Y el eminente tocólogo, debió contarle también a Soledad algún chiste de primerizos, porque la oí reír con risita respetuosa, como de compromiso. A ver; no le iba a dar un corte diciéndole que ella se sabía ya todos los chistes de primerizos. El caso es que no lo convenció, y el doctor se mantuvo en que a las ocho de la mañana le llamara para decirle cómo iba el asunto.

Y el rapaz se había encasquillado, no parecía muy dispuesto a ayudar, no empujaba, y a las dos de la madrugada la comadrona estaba asustada y me avisó; esto no va bien. Pero como no se atrevía a molestar al eminente tocólogo, yo dije que me iba a buscar a un médico; ella costestó que le parecía muy bien. Y me fui a buscar a un oculista. Sí, a un oculista, porque era muy amigo mío, para que él, como médico, me recomendar-se a un tocólogo.

Pero antes de llegar al oculista, pasé por mi casa y en-



tré un momento a ver a San Ramón que estaba allí, en su cuadro, con una lamparita encendida. Y le conté lo que nos ocurría, que no era un susto de novatos. Y san Ramón no me dijo nada, claro. Pero al salir a la calle, en la misma puerta me encontré a un tocólogo; se había parado a encender un pitillo ¡en la misma puerta!... A las siete tuvimos el hijo. A las ocho llamó el eminente tocólogo; le dije que el niño había nacido una hora antes. O sea, según sus cuentas, prematuro.

-¿Quién lo ha asistido? -me preguntó.

Y yo le respondí:

-San Ramón Nonato. Y muy bien, oiga.

San Ramón, al día siguiente, salió de casa para habitar en la de otra embarazada que esperaba turno. Y hoy me reencontro aquí con él en las vísperas de su fiesta, rodeado del amor, la devoción y la alegría de los villalbeses.

Buen patrón y dignos ahijados, pues con tanto esplendor festejais su día. Yo me uno de corazón a vosotros en el júbilo de esta fecha y os animo a celebrarla en paz, como buenos villalbesés, como buenos gallegos y como buenos españoles, dando al santo lo que es del santo, devoción y homenaje ceremonial; al cuerpo lo que es del cuerpo, buen comer y buen beber; y al espíritu, diversión, música, espectáculos, actos cultos como este y otros menos cultos y refinados pero más bulliciosos, sin llegar a excesos de bacanales o saturnales, pero buscando esa dulce fatiga de la fiesta colmada que nos saca del cuerpo energías contenidas, y del alma pesares mal guardados.



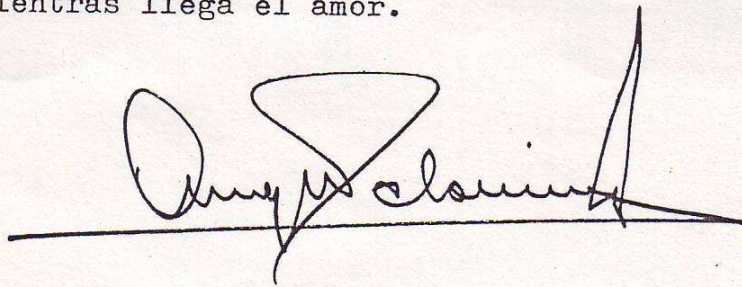
Y permitidme una como plegaria, por todos, a mí que soy forastero y veo a Galicia de lejos, y la amo y, a veces, me asombra. Que san Ramón cuide el embarazo de los políticos gallegos, porque, no sé si me equivoco pero los veo como un poco preñados de política. Yo pienso que no son mala gente, sino que llevan mal el embarazo y andan cada día sorprendiéndonos con antojos, desvaríos y ramalazos, juntándose por la mañana, separándose por la tarde y poniéndose trampas por la noche. Déles san Ramón ponderación y buen ánimo para que salgan de su preñez con el parto feliz de una Galicia unida para el futuro próspero y feliz que esta tierra y sus gentes merecen. Mereceis.

Reina de las fiestas.

Corte de honor.

Que la Villa se ilumine con la gracia de vuestras sonrisas.

Y que la alegría de estas fiestas se prolonge en vuestros corazones mientras llega el amor.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Ángel de la Cruz', written over a horizontal line. The signature is stylized and cursive.